

Capítulo XLVIII.

El arte de hacer fortuna.

No es nueva en los anales del mundo la historia que voy á referir en breves líneas.

La adulacion, arrastrándose por el suelo, ha logrado siempre llegar á los más altos puestos.

Treinta años antes de la época de la vida de Colon en que estamos, habia nacido en Valladolid un niño, á quien sus padres habian dado el nombre de Gimeno.

Humilde era su cuna.

Su padre era un tejedor bastante pobre, tenia ocho hijos, siete hembras y el varon que van á conocer mis lectores era el último.

Bastante dado al juego y á la bebida, el tejedor

no tardó en arruinarse, y á la ruina sobrevino su muerte, cuando apenas tendria nueve años de edad su hijo.

Un fraile de un convento adonde concurría mucho la esposa del tejedor, se condolió de su desgracia, y pudo, por su influencia, colocar al servicio de algunas familias acomodadas las cuatro hijas mayores, que con su salario ayudaban á su madre y á sus tres hermanos.

En cuanto al chico se le llevó al convento para educarle, y no tardó en desplegar una habilidad inmensa para captarse la voluntad de cuantos habia á su lado.

Era humilde, revelaba una clara inteligencia, y en poco ménos de cinco años, es decir, cuando cumplió los catorce, sabia el latin y no habia ningun lego que hiciera los recados con más prontitud ni más acierto que él.

Durante su peregrinacion en busca de limosna habia recorrido algunas ciudades y habia adquirido esa gramática parda que se aprende en los viajes, tanto más cuanto mayor es la necesidad que tienen los que los emprenden de lograr, por medio de la habilidad, que pasen las monedas de los bolsillos de los que las tienen al suyo.

La Orden á que pertenecía su convento era de franciscanos.

Cansado de vivir con ellos, se escapó del convento, y fué andando hasta Búrgos.

Al llegar allí comprendió el desacertado paso que

habia dado, puesto que carecia absolutamente de recursos.

Pero tenia ingenio y desvergüenza, y presentándose al prior de un convento de dominicos:

—Padre y señor,—le dijo;—yo he cometido un gran pecado; pero mi vocacion es la que me ha inducido á cometerle.

—¿Qué te pasa, muchacho?—dijo el prior, interesándose al ver la serenidad con que le hablaba.

—Me quedé huérfano y sin recursos á los nueve años.

Un fraile franciscano me recogió, llevándome á su convento, y allí me ha educado. Nada me ha faltado en su compañía; pero una noche me desperté sobresaltado, y ví en la celda donde estaba la figura de un santo en medio de una aureola. Segun pude colegir, era Santo Domingo.

«Debes profesar mi orden,» me dijo, y desapareció.

Desde entonces mi único afan ha sido ser dominico, y algunas veces he indicado mis deseos al prior del convento de franciscanos; pero vuestra eminencia sabe lo que son los franciscanos, y despues de quitármelo de la cabeza, me han prohibido cuantas veces lo he intentado abandonar el convento.

Aun á riesgo de cometer una ingratitud he abandonado mi celda sin decir nada á nadie, he venido á pié hasta aquí, y vengo á que vuestra eminencia me absuelva y me admita en su compañía, defendiéndome de las persecuciones de que seré objeto por parte de aquellos cuya Orden he abandonado.

Grata era para el prior la manera que tenia de llegar á su convento aquel jóven, y ofreció ampararle, hospedándole desde luego en una celda.

Mediaron explicaciones entre uno y otro prior cuando se supo el paradero del jóven; pero los dominicos tenian gran influencia, y al fin y al cabo fué perdonado Jimeno y pasó en paz dos años en calidad de lego de la nueva comunidad que habia adoptado.

Continuamente visitaban los más altos personajes de la córte el nuevo monasterio, y á todos llamaba la atencion la amabiliidad con que el lego los recibia, el interés con que contestaba á sus preguntas y la humildad con que trataba al prior y á los demás frailes.

Viendo las simpatías que gozaba el lego, los reverendos le habian dado la mision de ir por los pueblos recogiendo las limosnas que los fieles daban voluntariamente para el convento.

La gallarda presencia del lego, su carácter decididor y alegre hacia que las limosnas se multiplicaran sin cesar, y casi puede decirse que constituian una de las rentas del convento.

Con frecuencia era llamado el leguito á las casas más principales y tratado en ellas con todo agasajo, y como vulgarmente se dice «á cuerpo de rey,» llevando á más de las provisiones que le daban siempre, alguna cantidad de dinero, ya para misas, ya para sufragios, ó para que se invirtieran en cirios que debian arder hasta consumirse ante el altar del santo patron.

Una tarde, al retirarse al convento, llevando su borrico cargado de provisiones, lo mismo que su alforja, se vió acometido por tres facinerosos, armado el uno con una estaca, el otro de un pistolete y el tercero de un gran chuzo.

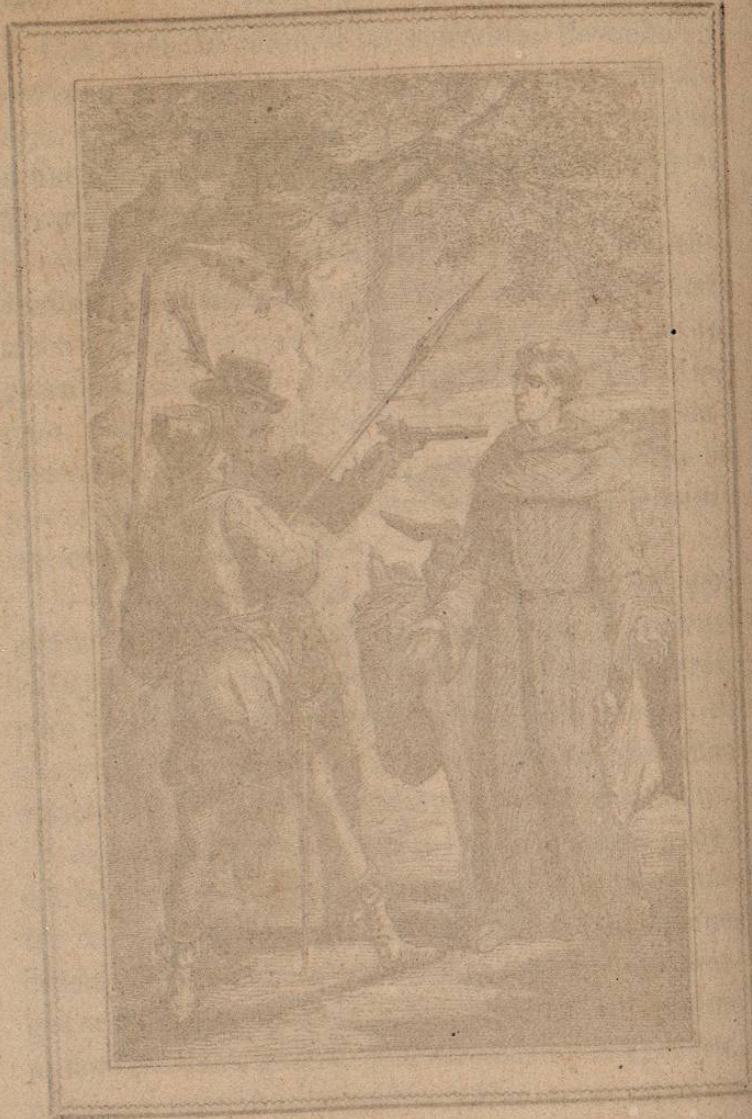
—¡Alto, hermano!—dijo el del pistolete poniéndosele al lego en el pecho.—Teneis fama de recaudar muchas limosnas y aquí teneis tres pobres diablos en quien poder ejercitar vuestra ardiente caridad. Así, pues, desatad los cordones de la bolsa y vaciadla entora en este capacete, si no quereis ir á gozar de la gloria eterna que vuestro santo patron, Santo Domingo, os tiene ofrecida.

—Holgárame mucho, señores,—contestó el lego, que no habia perdido su serenidad á pesar de la brusca acometida,—holgárame mucho en complaceros, pero las beatas dan comestibles pero no monedas. Si quereis, empezaremos un pernil, y juntos podremos solazarnos y echar un trago bajo esta corpulenta encina.

Agradó á los tres bandidos la calma y serenidad del lego y cenaron opíparamente, sentados los cuatro como buenos amigos bajo la corpulenta encina, despidiéndose despues como buenos y antiguos amigos y dejando continuar tranquilamente su camino al lego, el cual, gracias á su serenidad y sangre fria, pudo entregar al prior cuatro doblas de oro, que con los bustos de les reyes Católicos, le habia dado una noble y devota señora para ayuda de la fiesta principal del convento, así como algunos maravedises de plata, producto de la colecta de aquel dia.



CRISTOBAL COLON—Si quereis, empezaremos un pernil y juntos podremos solazarnos.



CRISTÓBAL COLÓN.—Si fueris, embaxador, en Perú y
 otros lugares, hazme saber.

Esta aventura acrecentó los simpatías del lego y se refería de mil maneras en los días siguientes en todos los pueblos del contorno del convento.

El lego era llamado con frecuencia á las casas más principales y tratado en ellas á cuerpo de rey.

Llegó la época de hacerle profesar, y Jimeno, á quien gustaban más las pompas mundanas que los ayunos y las privaciones del convento, pretextando que aún no estaba bastante instruido y que no merecía todavía las sagradas órdenes, fué aplazando su profesión hasta que llegó á Búrgos en calidad de obispo el reverendo padre Fonseca, y un día, aspirando á realizar su sueño dorado, que era abandonar el cláustro por el mundo y conseguir algun puesto importante donde pudiera hacer fortuna, resolvió conquistar la intimidad del obispo y hacerse su cómplice.

—Debo tantas mercedes á vuestra eminencia,—le dijo al hallarse delante de él,—que sería un ingrato indigno del aprecio en que me tiene si no le abriera mi corazón; tengo que hacer á vuestra eminencia una revelación importante.

—Habla, hombre, habla,—dijo el obispo.

—Perdone vuestra eminencia si con las palabras que voy á pronunciar le proporciono un desengaño. Sé que á un varón tan santo y tan venerable como vuestra eminencia le disgustará mucho mi modo de pensar; pero lo primero es ser útil á aquellos á quienes debemos todo cuanto somos.

—Me poneis en cuidado,—dijo el obispo.—¿Qué revelación es esa que vais á hacerme?

—Señor, aunque he vivido cerca de veinte años en el convento, me convenzo más y más de que no tengo vocacion para la vida monástica. Por eso he aplazado mi profesion; no tenia confianza en mí, y antes que pronunciar votos con los labios y no con el corazon, he preferido aplazar ese momento supremo que debia influir eternamente en mi porvenir.

—Si no me lo dijeras, no lo creeria.

—Desde el convento he observado mucho, he estudiado mucho á la humanidad. Por otrá parte, agradecido á vuestras bondades desde el primer momento en que tuve la dicha de conoceros, he jurado servirlos siempre, ser vuestro esclavo; juramento que renuevo en vuestra presencia con todas las formalidades; y tanto para servirlos como para realizar mis aspiraciones, necesito abandonar el cláustro, y protegido por vuestra eminencia, ocupar algun puesto en el que pueda seros más útil que en el convento.

—Tal vez renunciéis á un porvenir risueño.

—¡Oh! No lo crea vuestra eminencia. Voy á permitirme hablaros con entera libertad. Yo sé que hay un hombre en el mundo que os ha inferido graves ofensas, ofensas que no pueden perdonarse nunca, que toda la virtud humana no basta á hacer olvidar. Ese hombre es poderoso, y aunque vos lo sois más, por lo mismo no podeis luchar cara á cara con él. Necesitais ocasiones en que vuestra razon y vuestra justicia triunfen, y para proporcionaros esa ocasion necesitais el auxilio de hombres adictos, inteligentes y capaces de secundaros; hombres que po-

drán realizar vuestros designios sin comprometeros nunca, y que en un caso adverso sabrian morir primero en el cadalso que denunciar vuestra influencia en sus actos.

Fonseca miró con interés y con curiosidad á su interlocutor.

—¿Qué quieres decirme?—exclamó.

—Quiero decir que Cristóbal Colon, el marino que ha descubierto las Indias, os inspira un ódio inextinguible, y por muchos auxiliares que tengais para castigar su osadía, para destruir su prestigio, no hallareis uno más adicto, más á propósito que yo para oponer obstáculos á su empresa, para amenguar su gloria, para desvanecer sus ilusiones. En esta suposicion, voy á formular una súplica. Influir para que abandone el convento; proporcionadme un cargo en vuestra casa, y confiad á mi cuidado el castigo de ese extranjero, que en un momento de soberbia se ha atrevido á alzar los ojos delante del ilustre prelado que podria regir siquiera con la influencia que tiene en la conciencia de los reyes, la gloriosa nacion en que ha nacido.

Fonseca, que conocia las cualidades de Jimeno, comprendió que en efecto no podia encontrar un servidor más fiel, más inteligente que él para poder llevar á cabo su obra y le ofreció acceder á sus ruegos.

Jimeno habia logrado su objeto.

El obispo, como primer patriarca de las Indias y superintendente de los asuntos de aquellas remotas tierras, pudo desde luego conferir á Briviesca el em-

pleo de tesorero de la superintendencia, empleo desde el cual le era muy fácil poner obstáculos al envío de provisiones á la colonia.

Faltando víveres aumentaría la desesperacion de los colonos; atribuirían esta falta á desaciertos del almirante, y si lograba al mismo tiempo desprestigiarle en España y en las Indias, conseguía su objeto.

Un año llevaba en este empleo cuando regresaron Colon y Aguado.

Adulador inteligente, habia conseguido apoderarse por completo de Fonseca, y no dudaba que en cuanto consiguiera destruir la influencia de Colon mejoraría de suerte, y llegaría con la proteccion de Fonseca á desempeñar alguno de los más altos oficios de palacio.

Hasta entonces había hecho lo que habia podido para retrasar el envío de provisiones á la colonia; pero no habia tenido una ocasion de poner en juego su inteligencia como deseaba.

Esta ocasion llegó en el momento en que recibiendo los soberanos á Colon con benevolencia, le ofrecieron darle una nueva escuadra para continuar sus descubrimientos.

Dadas las órdenes de una manera terminante para que se proporcionase á Colon los ocho buques que necesitaba, comenzó Jimeno de Briviesca á suscitar obstáculos que retrasasen la marcha y desesperasen al almirante.

Capítulo XLIX.

Temores y dudas.

Así como al regresar Colon de su primer viaje se despertó un gran entusiasmo, no sólo en los habitantes de las costas, sino en muchos soldados aguerridos, de abandonar la madre patria y pasar el Océano para adquirir riquezas en aquellos países, de los que tantas maravillas se contaban; entonces, es decir, al regresar Colon por segunda vez de las Indias, la indiferente acogida que le habian dispensado, los rumores que acerca de su conducta tiránica habian difundido, y las maquinaciones de que se habian valido sus contrarios para desprestigiarle, habian calmado aquella sed de aventuras, aquel afan de dejar lo cierto por lo dudoso, aquella fiebre de ir á lejanos países en busca de oro, y uno de los primeros obstáculos